

la disposición particular que aquellas impresiones pasadas dejaron en los órganos, resulta el recuerdo ó memoria. Cuando percibe las impresiones de cosas ú objetos que tienen relación entre sí, resulta el juicio, que no es más que la percepción sensible, la sensación de aquellas impresiones. Cuando percibe las impresiones que nacen de nuestras necesidades y que nos inclinan á satisfacerlas, resulta ó se constituye lo que llamamos voluntad. Así, pues, voluntad, pensamiento ó juicio, memoria y sensación, no son más que manifestaciones diferentes, transformaciones variadas de la sensibilidad.

No hay necesidad de llamar la atención acerca de las conclusiones materialistas é inmORALES á que conduce lógicamente semejante teoría psicológico-ideológica, que entraña la negación de la espiritualidad é inmortalidad del alma, como entraña también la negación de la libertad y del orden moral.

§ 84.

VICO.

Mientras que los partidarios y representantes de las escuelas de Leibnitz y de Locke, en sus diferentes tendencias y matices, luchaban entre sí en Alemania é Inglaterra, y mientras que los espíritus en Francia, después de seguir ó contrariar el movimiento cartesiano, entraban decididamente en las corrientes del naturalismo deista de los Woolston, Shaftesbury y Bolingbroke, precursores legítimos de Voltaire y los

enciclopedistas, y á la vez en las corrientes sensualistas de Locke por el intermedio de Condillac, florecía en Italia un escritor napolitano, que supo mantenerse fuera de esas corrientes y escuelas en lo que tienen de anticristiano y antifilosófico. En este concepto, bien puede afirmarse que el ilustre autor de la *Scienza Nuova* supo y quiso continuar y afirmar las tradiciones filosóficas de su patria.

Sin ser un filósofo en el sentido propio de la palabra, y hasta sin haber escrito tratados especiales de Filosofía, Vico merece que su nombre figure en la historia de esta ciencia (1), al lado del de otros que se hallan en el mismo caso.

Este notable pensador italiano, que nació en Nápoles en el año de 1668 y falleció en 1744 antes de publicar sus *Principi d'una scienza nuova intorno alla commune natura delle nazioni*, dió á luz varios opúsculos y tratados relacionados directamente con la Filosofía y con el derecho (2), que bastarían para darle plaza entre los escritores filosóficos. En ellos, el autor de la

(1) Por un accidente casual, las cuartillas en que hablábamos de Vico en la primera edición de esta obra se extraviaron al ser remitidas á la imprenta, y cuando advertimos el percance, ya era demasiado tarde para darles cabida en su propio lugar. Hacemos esta advertencia, porque alguien tal vez habrá extrañado nuestro silencio acerca de Vico en la primera edición de este libro.

(2) Entre estos—y sin contar varios artículos sueltos—cuéntanse los siguientes: *De nostri temporis studiorum ratione*.—*De antiquissima Italorum sapientia ex originibus lingue latine eruenda*.—*De uno juris universo principio*.—*De constantia jurisprudentis*,—y un discurso que comienza con las siguientes palabras: *Omnis divinae atque humane eruditionis elementa tria, nosse, velle, posse*, y que, habida razón de su contenido y de sus tendencias, podría intitularse *De origine divina scientiarum*.

Scienza Nuova atacó con vigor las doctrinas cartesianas, á pesar de la boga extraordinaria que por entonces habían alcanzado en Italia, y, lo que es más, sobreponiéndose á las preocupaciones y á los entusiasmos, tan generales como irreflexivos, de la época en favor del método cartesiano, señaló los graves defectos y peligros de éste. Si el método de los escolásticos, decía Vico, era defectuoso y concedía demasiada importancia á la autoridad, el de Descartes no lo es menos al sujetarlo todo al juicio individual. «Querer, añadía, que el juicio del individuo reine solo; querer sujetarlo todo al método geométrico, es caer en el exceso contrario».

El pensamiento filosófico de Vico es un pensamiento esencialmente cristiano. Para Vico, Dios es el principio, la luz, el lazo y el término de la Filosofía y de todas las ciencias, cuyos principios proceden de Dios (*omnia scientiarum principia a Deo esse*), cuya luz y verdad eterna las penetra todas (*divinum lumen sive aeternum verum... omnes scientias permeare*), enlazándolas entre sí y dirigiéndolas á Dios (*alias in alias dirigere et cunctas ad Deum revocare*), en el cual, y sólo en él, las ciencias todas encuentran su origen, su término, su firmeza y su verdad: *Et ostendam origine, omnes a Deo provenire; circulo, ad Deum redire omnes; constantia, omnes constare in Deo, omnesque eas ipsas praeter Deum tenebras esse et errores.*

La exposición y crítica de la *Scienza Nuova*, que es la obra capital de Vico, y que entraña una concepción relativamente original de la Filosofía de la historia, no pertenecen en rigor y directamente á la historia de la Filosofía; pero ésta debe indicar sus líneas principales,

porque se rozan con ciertas ideas y teorías que ocupan lugar distinguido en dicha historia.

a) La historia de la humanidad y el proceso y vicisitudes de su civilización tienen por base tres ideas fundamentales, que son *la Providencia divina*, *la virtud moral* ó moderación de las pasiones, *la inmortalidad* del alma humana.

b) Estas tres ideas fundamentales del género humano se hallan representadas y como encarnadas en tres hechos ó instituciones tan primitivas y universales como aquéllas, es á saber: *la religión*, el *matrimonio solemne*, *la sepultura de los muertos*, puesto que las naciones, ora sean bárbaras, ora civilizadas, «todas tienen, dice Vico, una religión cualquiera, todas contraen matrimonios solemnes, todas sepultan sus muertos», acompañando estos actos con ceremonias augustas (1) y santas. «Por esta razón, añade, hemos tomado estas tres costumbres eternas y universales por los tres primeros principios de la ciencia nueva».

c) La marcha y las vicisitudes de la civilización y hasta las vicisitudes de la historia, se hallan en relación y armonía con las ya mencionadas ideas y costumbres ó instituciones fundamentales y primitivas del género humano.

d) De aquí también la división de la historia en tres edades ó períodos, que son: el período *divino* ó teocrático; el período *heroico*, y el período *humano* ó ci-

(1) «En todas las naciones, siquiera sean las más salvajes y bárbaras, ningún acto de la vida es rodeado y realizado con ceremonias más augustas, con solemnidades más santas, que los actos que se refieren á la religión, á los matrimonios, á las sepulturas.» *Principi d'una scienza nuova*, etc., lib. 1, cap. III.

vilizado; á los cuales responden tres estados ó fases del lenguaje, á saber: el sagrado ó jeroglífico, el metafórico ó poético, el articulado perfecto y propio de las naciones civilizadas.

No siéndonos posible ni permitiendo la índole de este libro entrar en detalles sobre la teoría filosófico-histórica de Vico, concluimos recordando que este ilustre pensador admite el estado salvaje del hombre después del diluvio, y considera la monarquía como la forma de gobierno «más conforme á la naturaleza en los tiempos de la civilización más avanzada».

Aunque en los *Principi d'una scienza nuova* hay algunas ideas que pudieran calificarse de algún tanto aventuradas y peligrosas en el terreno católico, creemos que no merecen las duras impugnaciones de que han sido objeto por parte de algunos escritores. En todo caso, es cierto que Vico vivió y murió como verdadero creyente católico, y que en sus obras se encuentran pasajes elocuentes en que ensalza y defiende la verdad divina del Cristianismo.

§ 85.

VOLTAIRE.

Sucede generalmente que en las épocas y sociedades en que más se habla de virtud y de moralidad, es cuando menos se practican éstas, y no es raro también que se hable mucho de Filosofía en épocas y naciones que apenas la conocen. Nunca se habló más de Filosofía, ni se presentaron tantos *filósofos* como en Francia

durante el siglo XVIII; y, sin embargo, nunca hubo menos Filosofía ni menos filósofos en Francia que en aquel siglo. Y es que la Filosofía consistía entonces, no en la investigación y conocimiento de las esencias, causas y atributos de las cosas, del mundo, de Dios y del hombre, sino en atacar, combatir y desprestigiar á la religión de Jesucristo, echando mano de todos los medios, y especialmente de la ironía, la mentira y la calumnia. *Aplastar al infame* (1), ó sea al catolicismo y á su divino autor Jesucristo, era el grito de guerra de aquellos pretendidos filósofos, y esta horrible blasfemia fué como la palabra de orden, el *delenda Carthago*, que les proponía é inculcaba sin cesar el que llegó á ser su jefe, no tanto por su edad, por su talento literario y por su fama, cuanto por su odio perseverante y profundamente satánico contra Jesucristo y contra todo cuanto tenía algún sabor cristiano. Este odio profundo contra el catolicismo que respiran los escritos del filósofo de Ferney, y también su correspondencia particular, no descendió con él al sepulcro: que la revolución antisocial y antireligiosa, iniciada por él y por sus sucesores, desarrollada y organizada en socie-

(1) «Que les philosophes véritables, escribia Voltaire en 1761, fassent une confrérie comme les franc-maisons.... Cette académie secrete vaudrait mieux que l'académie d'Athènes et toutes celles de Paris. Mais chacun ne songe qu'à soi, et oublie le premier des devoirs qui est d'anéantir l'infame. Confondez l'infame le plus que vous pourrez.» Y en carta á Saurin, añadía: «Il faut que les frères reunis écrasent les coquins.» Sabido es que el odio satánico y las blasfemias con que había perseguido é insultado á Jesucristo durante su vida, se volvieron contra él en la hora de su muerte, cuando exclamaba con voz ahogada por el dolor y la desesperación: *Muero abandonado de Dios y de los hombres.*

dades secretas y públicas, es su heredera legítima, y, como tal, esfuérase en conservar y aumentar ese odio satánico, no ya sólo contra Jesucristo y su Iglesia, sino contra el mismo Dios.

Este odio profundo y universal contra Cristo y contra todo lo que lleva el nombre y la señal de Cristo, fué el carácter distintivo de

Voltaire (Francisco María Arouet), que nació en Chatenay, cerca de París, en 1694, y murió en 1778. Cualquiera que sea su mérito como literato, como historiador, como poeta y como crítico, es lo cierto que es muy inferior como filósofo, y que su nombre no merece apenas figurar en la historia de la Filosofía. Su dirección filosófica coincide con la de Locke, cuya doctrina propagó en su patria. Locke es para *Voltaire* el mayor de los filósofos y el más profundo de los metafísicos, y al lado del *Ensayo sobre el entendimiento humano*, poco ó nada valen ni significan, no ya sólo las obras de Platón, de Aristóteles y de Santo Tomás, si que también las de Descartes, Mallebranche y Leibnitz.

Así no es de extrañar que la Filosofía de *Voltaire* se reduzca á un sensualismo deísta é incompleto, con ribetes y tendencias materialistas. Mientras que por un lado afirma la existencia de Dios, enseña por otro que la existencia del mal es incompatible con la bondad y sabiduría divinas. Habla algunas veces del alma humana, ensalzando su dignidad y nobleza; pero al propio tiempo se inclina á creer que es una *abstracción realizada*, y admite la posibilidad de una materia dotada de pensamiento: *Ce je ne sais quoi qu'on appelle matière, peut aussi bien penser que je ne sais quoi qu'on appelle esprit.*

Con respecto á la libertad, obsérvanse en *Voltaire* las mismas dudas, la misma ignorancia, las mismas contradicciones. Después de sus ditirambos en favor de la libertad, el patriarca de la incredulidad concluye dudando unas veces y negando otras en absoluto su realidad y existencia: *Je veux nécessairement ce que je veux, autrement je voudrais sans raison, sans cause, ce qu'est impossible.*

Si en cuanto á las ideas propiamente filosóficas Locke es el maestro y el inspirador casi único de *Voltaire*, no puede decirse lo mismo cuando se trata de sus ideas en el orden ético-religioso. Porque en este orden de ideas, los verdaderos inspiradores y maestros del escritor francés fueron Woolston, Collier, Bolingbroke, Shaftesbury, con los demás corifeos y propagandistas prácticos y teóricos de la escuela esencialmente deísta é incrédula que dominaba á la sazón entre los literatos y filósofos de Inglaterra. En los escritos del último fué donde principalmente se inspiró *Voltaire* en este orden de ideas, y de allí tomó casi todos los argumentos — aunque no la saña — con que atacó al Cristianismo.

Del campo de la Filosofía positivista y anticristiana hanse levantado en nuestros días no pocas voces en favor de *Voltaire* y de su obra, cosa muy natural, en verdad, si se tiene en cuenta el afán hoy dominante por rehabilitar el nombre de todos los que se distinguieron por su odio contra la verdad divina en general, y con especialidad el nombre de los progenitores y representantes del positivismo materialista, y de la incredulidad religiosa, y del naturalismo, entre los cuales figura *Voltaire* con sobrada justicia. Así se com-

prende y explica que su nombre y sus ideas hayan sido y sean hoy objeto de elogios, no solamente en Francia, sino también en Alemania, bastando citar, en confirmación de esto, la *Historia de la literatura del siglo XVIII*, escrita por Hettner, la biografía de Voltaire publicada por Rossenkranz, las *Seis Conferencias* de Strauss sobre el escritor francés, y el discurso publicado por Du-Bois Reymond con el título de *Voltaire in seiner Beziehung zur Naturwissenschaft*.

§ 86.

ROUSSEAU.

Nació este célebre escritor en Ginebra en 1715, y murió no muchos días después de Voltaire, habiendo fundadas sospechas de que precipitó su muerte por medio del veneno. Como Voltaire, con quien comparte la triste gloria de haber influido poderosamente en la preparación y desmanes de la revolución francesa y de las que á ésta sucedieron, Rousseau, más bien que un filósofo, es un escritor más ó menos filosófico, un publicista que trató y discutió algunos problemas relacionados con la Filosofía, especialmente en su parte ética y político-social.

En su famoso *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Rousseau comienza á exponer sus ideas político-sociales. Describe y ensalza con brillante estilo las ventajas y excelencias del hombre en el estado primitivo de la naturaleza; esfuérsase en probar que todos sus vicios,

sus miserias y sus males de todo género, traen su origen de la sociedad, y, por consiguiente, que el verdadero y único remedio de los mismos es volver al estado de la naturaleza. «Las leyes humanas, escribe, sólo han servido para poner cadenas á los débiles, para dar fuerza á los ricos, para destruir la libertad natural, para perpetuar la propiedad y la desigualdad.»

El filósofo de Ginebra desarrolla y completa esta teoría en su *Contrato social*, afirmando que la voluntad general del pueblo es el origen único de la soberanía y la razón suficiente de la duración de los poderes públicos; que los gobernantes, siquiera su poder sea hereditario, son meros mandatarios del pueblo, el cual puede removerlos cuando le plazca y encomendar el poder á otras manos. La forma más perfecta de gobierno es la republicana, y esta será tanto más perfecta cuanto el pueblo influya de una manera más directa é inmediata en el ejercicio del poder, lo mismo en el administrativo y ejecutivo que en el legislativo. Como en Grecia y en Roma, las leyes deben ser propuestas, votadas y sancionadas por medio de asambleas en que tome parte todo el pueblo.

Como se ve por estas ligeras indicaciones, las ideas de Rousseau acerca de los vicios sociales y acerca de la propiedad dan la mano á las ideas y tendencias internacionalistas de nuestra época. Su teoría político-social y sus ideas acerca de las ventajas y excelencias de la forma republicana, influyeron de una manera eficacísima en la explosión y vicisitudes de la revolución francesa, la cual, en algunos de sus períodos, representa la encarnación más genuína y completa de las ideas y principios sociales proclamados por el au-

tor del *Contrato social* y por el apologista fogoso de la libertad y de la igualdad.

Si se prescinde de este aspecto político-social, que es el más importante y original de la doctrina de Rousseau, ésta se reduce á un deísmo naturalista, saturado de escepticismo. La moral se reduce al dictamen natural é instintivo de la conciencia individual, sin más base racional ni religiosa. Rousseau señala como dogmas de la religión natural, única que admite:

a) La existencia de un ser supremo cuya voluntad «mueve el mundo y anima la naturaleza».

b) La existencia de una materia movida por leyes determinadas y constantes.

c) La existencia de un alma inmaterial en el hombre, dotada de libertad en sus acciones. Por lo que hace á la inmortalidad de esta alma, nada puede afirmar ni negar con certeza, aunque se inclina á la afirmativa. Rousseau duda de la eternidad de las penas en la otra vida, si existe, pero inclinándose á la negativa: duda igualmente y dice que «nada sabe sobre si Dios creó la materia, los cuerpos, los espíritus, el mundo».

Este escepticismo que corroía la inteligencia y el corazón del escritor ginebrino, produjo y explica á la vez los pasajes contradictorios con que se tropieza frecuentemente en sus escritos. Unas veces ensalza y celebra el Evangelio y la Religión cristiana con magníficos elogios; otras veces los combate y vilipendia con saña. Condena y excusa á la vez el adulterio; escribe en pro y en contra del duelo; en una página reprueba con energía el suicidio, y en la siguiente escribe la apología de este crimen.

Platón, Plutarco y Locke fueron los inspiradores de las teorías políticas y sociales de Rousseau. La magia sola de su estilo inimitable es la que puede cubrir la pobreza de ideas realmente originales que en sus escritos filosófico-políticos y sociales existe. Quienquiera que haya leído el *Contrato social* del filósofo ginebrino, verá en esta obra tan celebrada una exageración del opúsculo de Locke sobre el *Gobierno civil*, así como la profesión de fe del *Vicario saboyardo* responde al *Cristianismo razonable* del filósofo inglés. En el *Emilio* se tropieza á cada página con ideas tomadas de la disertación de Locke acerca de *La Educación*.

§ 87.

LOS ENCICLOPEDISTAS.

Durante el reinado de Luís XIV, y antes de él, los hombres de letras ingleses solían pasar á Francia para ponerse en comunicación con sus sabios y completar su instrucción. Después del reinado de aquél, el comercio intelectual entre las dos naciones tomó dirección inversa, y muchos franceses pasaban á la Gran Bretaña, poniéndose en comunicación con sus sabios y sus libros, y apropiándose sus ideas. Ya dejamos indicado arriba que de la permanencia de Voltaire en Londres arranca el prestigio de Locke en Francia, cuya doctrina popularizó en su patria, á la vez que popularizaba también las ideas materialistas, deístas y racionalistas de los Shaftesbury, los Wollaston, los Hartley, los Bolingbroke y otros. Este comercio inte-